

Recommended citation: García López, Álvaro (2019), “La Segunda Guerra del Congo: evolución y consecuencias de un conflicto que sigue sin resolverse” en Fundación África Sur.

La Segunda Guerra del Congo: evolución y consecuencias de un conflicto que sigue sin resolverse

1. Introducción

En África, los años 90 representaron una década particularmente negativa en materia de seguridad, ya que surgieron numerosos conflictos que conllevaron la muerte de millones de personas y cuyas consecuencias aún pueden percibirse hoy en día. La guerra civil de Ruanda y el posterior genocidio, la rebelión tuareg en Níger y el norte de Malí o las guerras civiles en Sierra Leona o la de Argelia, entre otras, son algunos ejemplos de los enfrentamientos que tuvieron lugar durante este convulso periodo. En este artículo presento la Segunda Guerra del Congo, que tuvo lugar entre 1998 y 2003, justo un año después del final de la Primera Guerra del Congo, y trato las implicaciones de este enfrentamiento para la región y sus consecuencias en el escenario actual.

Por supuesto, y dadas las enormes dimensiones del continente, existen algunas excepciones: algunas subregiones no siguieron necesariamente estas tendencias destructivas y llegaron a experimentar un progreso importante hacia el logro de condiciones más prósperas para la población. Por ejemplo, en África meridional, el fin del apartheid en 1994 significó la abolición del sistema de segregación racial que se aplicó en Sudáfrica y Namibia. Además, el segundo país se independizó del primero, que aceptó abandonar el territorio namibio facilitando la transición democrática. Sudáfrica también accedió a desmantelar voluntariamente las armas nucleares del país, lo que sin duda impulsó la estabilidad en la zona.

En cualquier caso, con respecto a las guerras en el Congo, sostengo que esta sucesión de conflictos es el resultado de varios factores, y que no existe una única razón detrás de esta turbulenta evolución. Por un lado, creo que el estado de decadencia de Zaire a mediados de los años 90 abrió el camino a los países vecinos que vieron una gran oportunidad para acceder a un botín "no reclamado" en el territorio. En este sentido, la guerra se entiende como un resultado más o menos esperado del período postcolonial, ya que no se establecieron correctamente las bases para un gobierno eficiente y moderno. El régimen autoritario de Mobutu, estancado y ruinoso, no logró facilitar un cambio profundo hacia la prosperidad mientras la opresión y la violencia en la vida pública del país continuaba creciendo.

También es importante tener en cuenta la aparición del caudillismo —o el control de un área dentro de un país por parte de un líder militar— como una manifestación muy extendida de la motivación de los líderes locales para tomar el control de las regiones ricas en términos de recursos naturales y la búsqueda de poder. Esto respondería a un patrón más general que podría haber sido influenciado por los cambios en las políticas internacionales y las acciones de terceros actores en el continente. El proceso de globalización dio lugar a nuevas formas de relaciones económicas entre las empresas del mundo desarrollado y los agentes no estatales de África, lo que contribuyó a la aparición de nuevas formas de conflictos. En este contexto, el fin de la Guerra Fría hizo que Estados Unidos perdiera interés en mantener un sistema fuerte y viable en el Zaire, lo que contribuyó en última instancia a aumentar la inestabilidad.

En general, afirmo que la confluencia entre los factores internos del régimen de Zaire, caracterizado por el colapso económico, las tendencias generales que afectaron a África en el

período posterior a la Guerra Fría y una política exterior particular desarrollada por los estados vecinos e interventores, creó una atmósfera propicia para la escalada del conflicto. Para demostrarlo, en primer lugar, presento el debate existente en torno a la denominación de las guerras en el Congo y mi perspectiva sobre esta cuestión. Esto lleva a la presentación de la Primera Guerra del Congo y sus secuelas como el evento que estableció el contexto en el que surgió la Segunda Guerra del Congo. Luego, se analizan en profundidad las causas y los actores involucrados, lo que se relaciona con las consecuencias de este choque en la región, la difícil transición democrática que se ha llevado a cabo desde 2003 y la actual situación conflictiva.

2. Acercándonos a las guerras en el Congo

Antes de entrar en un análisis más profundo del conflicto, es importante aclarar algunas cuestiones relativas a la terminología utilizada para referirse a esta serie de enfrentamientos en el Congo. En realidad, hago la diferencia entre la primera y la segunda guerra del Congo, ya que creo que se trata de dos episodios separados que, aunque estén interrelacionados, presentan considerables particularidades. A este respecto, y tal como se ha introducido en la sección anterior, este artículo se centra en la Segunda Guerra del Congo, a menudo denominada la Gran Guerra Africana o la Guerra Mundial Africana, y abarca el período comprendido entre 1998 y 2003. Sin embargo, la Primera Guerra del Congo —que tuvo lugar entre 1996 y 1997— desempeña un papel clave en la comprensión del acontecimiento que aquí nos ocupa. En cualquier caso, conviene tener en cuenta que todavía hoy en día se pueden encontrar algunas repercusiones notorias en el territorio como resultado directo de estos enfrentamientos y, por lo tanto, se está produciendo una guerra de alguna manera.

Con el fin de explicar entonces la Segunda Guerra del Congo, en primer lugar hay que apuntar al trasfondo del conflicto desde una perspectiva general. Tatiana Carayannis (2003, pp. 237-239) identifica el genocidio de los tutsis a manos de los hutus en Ruanda en 1994 como el primer acontecimiento específico que "transformó una sociedad congoleña empobrecida, pero relativamente no violenta, en un escenario de conflicto y guerra". Argumenta básicamente que la intervención internacional que intentaba poner fin a la brutal serie de acontecimientos que estaban teniendo lugar en el contexto de la Guerra Civil Ruandesa fue incapaz de garantizar un resultado positivo, y esto tuvo un fuerte impacto en el vecino Zaire. Más concretamente, el hecho de que la misión francesa temporal permitiera a las milicias hutus, a las unidades de las derrotadas Fuerzas Armadas Ruandesas y a sus líderes políticos, así como a un número importante de civiles cruzar la frontera con el Congo, condujo a la desestabilización de esta parte oriental del Estado.

Tras la caída final del gobierno hutu de Ruanda —que había dirigido el genocidio— se establecieron en esta zona campos de refugiados de este bando con la aprobación del régimen autoritario de Mobutu Sésé Seko, presidente de Zaire desde 1965. Como resultado, se modificó el equilibrio étnico, hasta el punto de que surgió una cierta amenaza contra la población tutsi congoleña. El gobierno de la RDC apoyó a los grupos hutus, cuyos miembros habían estado utilizando los campamentos como bases desde las que se perpetraban ataques contra el gobierno ruandés. En 1996, este último actor, ante la incapacidad de la comunidad internacional para impulsar el desarme de estas comunidades hutus, llevó a cabo unilateralmente un ataque a los campamentos en territorio zaireiano, marcando así el inicio de la Primera Guerra del Congo.

Este asalto conllevó el estallido formal del conflicto. Weiss (2000, p. 3) señala que las partes ruandesa y ugandesa tenían un claro interés en "presentar sus acciones como algo más que un ataque contra un Estado soberano, sin importar cuán corrupto e impopular se había vuelto su liderazgo" y, por lo tanto, se centraron en encontrar aliados dentro del régimen de Mobutu. Sin embargo, e incluso si estos existían, la gran mayoría de los grupos opositores "optaron por una estrategia no violenta", ya que apoyaban la idea de una transición democrática que contaba con el apoyo de los aliados occidentales, que también impulsaron reformas políticas. Angola también se unió a los otros dos estados aludiendo a la misma razón —que era una estrategia para defender su soberanía nacional de los movimientos insurgentes procedentes del territorio congoleño—, creando así una pequeña alianza que incluía a grupos revolucionarios antimobutu y que recurrían al uso de acciones violentas contra el Presidente.

Es en este contexto donde surge la figura de Laurent Kabila, principal representante de la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL), que finalmente dio al movimiento un carácter congoleño, aunque la mayoría de las fuerzas militares procedían de otros estados. Por supuesto, Mobutu buscó la ayuda de los actores occidentales, pero la relevancia de su régimen para las grandes potencias después de la Guerra Fría había disminuido notablemente y, por lo tanto, los estados occidentales eran generalmente reacios a proporcionar apoyo a un gobierno tan corrupto en un período en el que la creación de regímenes democráticos emergía como un aspecto no negociable. La victoria de la alianza opositora fue rápida y Kabila fue nombrado presidente menos de un año después de iniciada la guerra, lo que abrió un período de transición hacia un nuevo régimen a través de una negociación pacífica que, en cualquier caso, no siempre incluyó a los líderes opositores no violentos, mientras que favoreció a las fuerzas violentas.

En ese momento, las instituciones estatales congoleñas se encontraban en una situación muy débil y se introdujeron algunas reformas para mejorar rápidamente la situación socioeconómica de la población. Aunque estas medidas favorecieron a las clases más bajas del espectro social, las élites tuvieron que enfrentarse a una disminución de sus capacidades para influir en la vida política. El liderazgo de Kabila se inclinó hacia el autoritarismo, ya que rechazó todas las posibilidades de reparto de poder y personalizó una nueva dictadura. Su relación con las fuerzas ruandesas comenzó a deteriorarse, hasta el punto de que la población congoleña las percibió como un ejército de ocupación y, por lo tanto, la popularidad del presidente disminuyó. Además, la principal razón que había motivado la intervención de estos estados vecinos contra Mobutu —los grupos insurgentes en el Congo que amenazaban a estos países— seguía sin resolverse, lo que finalmente llevó a la consolidación de una profunda y mutua desconfianza.

3. La Segunda Guerra del Congo: Causas, actores y evolución del conflicto

En un ambiente marcado el debilitamiento de la cooperación entre la AFDL de Kabila y los aliados que le apoyaron en el derrocamiento de Mobutu, estalla la Gran Guerra Africana en 1998, justo un año después del acceso de Kabila al poder en la RDC. En palabras de Reytsjens (1999, pp. 241-242), se trataba de "una alianza conjetural y por lo tanto frágil que corría el riesgo de perder su cemento una vez alcanzado el objetivo común —el derrocamiento de Mobutu—", y esto fue exactamente lo que ocurrió. A la orden de abandonar el país emitida por la presidencia congoleña para las tropas ruandesas y de otras potencias extranjeras en un intento de evitar un golpe de Estado le prosiguió una intensa movilización de personal militar de estos estados vecinos en sentido opuesto, lo que ya hizo notar que el conflicto era inevitable.

En este punto, y aunque se pueden establecer algunas similitudes con respecto a la Primera Guerra, es importante subrayar que la formación de alianzas siguió un camino diferente. Weiss (2001, pp. 67-71) señala con precisión que "el plan para el derrocamiento del régimen de Kabila emula en gran medida la exitosa destrucción del régimen de Mobutu", pero que el diferente curso de acción condujo a "una guerra larga y costosa". Es cierto que de nuevo los vecinos orientales Ruanda, Burundi y Uganda fueron los que lideraron la ofensiva contra el Congo a la vez que apoyaban las acciones de los grupos rebeldes congoleños surgidos; pero a diferencia del episodio anterior, se produjeron cambios repentinos en las alianzas. Por ejemplo, Angola apoyó al gobierno de Kabila, oponiéndose así a la coalición de la que formaba parte apenas dos años antes. Namibia y Zimbabue también se alinearon con el gobierno de la RDC, que recibió el apoyo de otros estados africanos como Chad y Sudán y la asistencia política de francófonos de África Occidental (Reytjens, 1999, pp. 241-242). Al final, el número de actores involucrados creció notablemente, conformando dos bloques opuestos en los que cada parte se colocó siguiendo una lógica particular cuyo objetivo último era el de defender sus intereses individuales.

Pero los reajustes también tuvieron lugar a nivel nacional, ya que las milicias y otros grupos revolucionarios cambiaron de bando a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Por ejemplo, los mai-mai de la parte oriental del país, que habían estado luchando contra Kabila antes de tomar el poder en 1997, lo apoyaron cuando se unieron al eje anti-tutsi. Otro caso interesante es el de los combatientes de las Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR): un informe del Consejo de Seguridad de la ONU (1998, pp. 86-87) afirma que "las alianzas cambiantes en y alrededor de la RDC han funcionado inesperadamente en beneficio de las antiguas fuerzas del gobierno ruandés", en lo que se refiere a los exmiembros de las FAR que ahora se unieron al bando de Kabila. En realidad, él había sido responsable de los ataques contra los hutus ruandeses y, por lo tanto, es sorprendente que estas milicias apoyaran ahora su alianza contra los nuevos rebeldes congoleños.

Poco tiempo después del estallido del conflicto, la balanza se inclinaba contra Kabila, cuyo régimen estaba amenazado por una derrota militar casi segura. Mientras, "un grupo de políticos congoleños, desde antiguos líderes de la alianza anti-mobutu hasta ex-movilistas, se unieron en Goma para formar el ala política del movimiento anti-Kabila, conocido como la Agrupación Congoleña para la Democracia (RCD)" (Rassemblement Congolais pour la Democratie, RCD) (Weiss y Carayannis, 2004, p. 125). Esto refleja definitivamente los continuos cambios que tuvieron lugar en el núcleo del conflicto y los cálculos que cada uno de los actores involucrados realizó para descifrar qué posición beneficiaría más a sus intereses, lo que en algunos casos los llevó a compartir bando con antiguos enemigos. Naturalmente, estas alianzas no siempre fueron fuertes, lo que nos lleva a la deteriorada relación entre los dos principales patrocinadores de los rebeldes, Ruanda y Uganda, y la posterior división del RCD en dos sectores con cuerpos militares separados. Cada uno de esos Estados reivindicó una zona de influencia diferente y, al establecerse un orden político en esas áreas, se reconocieron las fronteras entre los territorios bajo el control de Kinshasa y los territorios bajo dirección rebelde. Esto podría haber conducido perfectamente al surgimiento de movimientos de apoyo a la desintegración del Congo, pero la realidad es que no existía una propuesta clara de este tipo.

Williams (2013) habla de "una reacción en cadena" que activó "una red de alianzas que se extendió por toda África central y oriental" y que representó perfectamente la "estrategia cada vez más popular de los Estados que utilizan a los grupos rebeldes como apoderados para desestabilizar a los Estados competidores". Según este autor, el resultado fue una inestabilidad profundamente

consolidada que, en lugar de hacer más seguros a los países involucrados, los empujó aún más en el dilema de la seguridad y la subsiguiente proliferación de medios militares. Esta teoría encaja en la lógica neoliberal de 'el enemigo de mi enemigo es mi amigo'. Weiss (Weiss, 2000, p. 1) señala que "la guerra (...) involucró a numerosos Estados africanos en alianzas entrelazadas que a menudo parecen estar motivadas sólo por el principio: el enemigo de mi enemigo es mi amigo", mientras que otros estudiosos sostienen que esto fue así porque los estados percibían que se habían convertido en un objetivo real de las fuerzas aliadas de sus enemigos directos y, por lo tanto, estaban legitimados a contrarrestar los potenciales ataques contra ellos.

La guerra continuó a pesar de los muchos esfuerzos de la ONU, la Organización de la Unidad Africana (OUA) o la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (CDAA) para detener las hostilidades. En este sentido, fue el reconocimiento por parte de los bloques enfrentados de que se había alcanzado un estancamiento desde el punto de vista militar y que, por tanto, era virtualmente imposible lograr una victoria desde un enfoque tal, lo que abrió las puertas para finalizar la Segunda Guerra del Congo. La firma del Acuerdo de Alto el Fuego de Lusaka en 1999, en el que se pedía el desarme de las milicias extranjeras y la retirada de los ejércitos extranjeros de la RDC, representa un intento muy relevante en el proceso hacia una pacificación final.

La creación del Diálogo Intercongoleso en 2002 tuvo como principal objetivo facilitar una transición política. Su eficacia se vio favorecida por la llegada al poder de Joseph Kabila —hijo del asesinado Laurent Kabila— al revertir "una política seguida por su padre" y "tomar medidas para participar activamente en el diálogo nacional para un nuevo marco institucional" (Weiss & Carayannis, 2004, p. 125), del que formarían parte principalmente las autoridades estatales congoleñas, y el MLC (Movimiento para la Liberación del Congo, surgido en la zona rebelde controlada por Uganda). Sin embargo, y dadas estas dificultades para llegar a acuerdos, el gobierno impulsó acuerdos bilaterales con otros estados involucrados en lugar de desarrollar una estrategia multilateral.

Al final, en 2003, se estableció un gobierno de transición en el que participaron grupos tanto armados como desarmados con personalidades procedentes de las instituciones oficiales y de los movimientos rebeldes. Sin embargo, la prolongada ausencia de líderes políticos había creado ya importantes vacíos de poder en muchas regiones del país, lo que facilitó la aparición de comportamientos y tendencias violentas. Es importante mencionar el papel clave que Ruanda y Uganda jugaron en todo el conflicto, ya que estos actores garantizaron una cierta estabilidad en los territorios bajo su mando. Asimismo, es interesante mencionar el rol de las organizaciones internacionales y las dificultades que supuso "la fragmentación en la RDC" a la hora de "dar un único golpe decisivo", así como la relevancia de apostar por políticas de pacificación bilaterales o multilaterales para evitar depender de embargos de armas que únicamente incrementan el coste de la lucha de los grupos sin inducirlos a desmovilizarse (König et al., 2017, p. 1095).

Como se explicó anteriormente, las negociaciones sólo se iniciaron una vez que se reconoció que la guerra no traería la solución final. Sin embargo, también es cierto que todas las partes estaban dispuestas a llegar a un compromiso: desde el punto de vista ruandés y ugandés, acordaron mantener el régimen de Kabila si se abordaba el problema que afectaba a su seguridad nacional; por el lado opuesto, el Gobierno y sus aliados reconocieron la legitimidad de los rebeldes.

4. La transición democrática y la continua inestabilidad en la región

Otro aspecto interesante que de alguna manera ha influido en la evolución de la realidad de esta región es el papel de la democracia y los efectos que un conflicto de este tipo ha tenido en ella. La idea general transmitida por Baker (2000, p. 270-271) es que "los parlamentos de los estados en guerra quedan marginados por los jefes de estado y de gobierno", ya que el papel de la institución se aleja de la toma de decisiones mientras que la responsabilidad del poder ejecutivo desaparece. El problema, dice, es que esta situación conduce a una falta de control sobre los militares, lo que se traduce en "brutalidad y violencia gratuita". Esto nos lleva a la cuestión de la legitimidad de un gobierno para intervenir militarmente en un conflicto de este tipo y su débil argumento de que en realidad representan la voluntad del pueblo. La atención debería centrarse en descifrar a quién corresponden los intereses que se promueven realmente cuando se toma una decisión de esta envergadura. Según Baker, el conflicto del Congo es un claro ejemplo de cómo las élites políticas atienden sus preocupaciones a expensas de la población general, a la que "se les pide que paguen un alto precio para defender los intereses de unos pocos".

Volviendo al proceso de implementación de una democracia funcional y la reconstrucción de la RDC tras la Segunda Guerra del Congo, Reyntjens (2007, p. 309-311) señala su lentitud como característica básica. El gobierno formado en 2003 por el Presidente Joseph Kabila y los vicepresidentes que representaban a los diferentes actores congoleños implicados en el conflicto, y que estableció la Asamblea Nacional y el Senado como órganos fuertes, supuso un paso importante, si bien todavía existían deficiencias importantes en el sistema. El hecho de que no se celebraran elecciones hizo posible que muchos partidos estuvieran sobrerrepresentados en las instituciones estatales, mientras que la plena integración del gobierno y las fuerzas rebeldes para formar un ejército único se convirtió en un gran desafío. El restablecimiento del pleno control sobre el territorio del Estado era otra preocupación importante, ya que algunos grupos rebeldes se mantenían reacios a fusión y, por lo tanto, seguían creando inestabilidad en algunas zonas.

En cuanto a la defensa de los derechos humanos y la gestión de las finanzas públicas, no se percibió una mejora notable, mientras que el compromiso de actores internacionales occidentales se hizo esencial para evitar el colapso de la transición. El Acuerdo de Pretoria de 2002 implementó el Comité Internacional de Acompañamiento de la Transición (CIAT), que "operó a nivel de embajadores" e intervino efectivamente cuando "la transición estaba en peligro" (Reyntjens, 2007, p. 309-311). La Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUC) también cobró cada vez más importancia al supervisar el acuerdo de alto el fuego y el proceso de reintegración, así como el éxito de las elecciones democráticas, que finalmente tuvieron lugar en 2006.

A pesar de la aparición de ciertos episodios violentos, Weiss y Carayannis (2004, p. 137) describen que durante estos años de posguerra se produjo un impacto positivo en el interior del país, ya que personas y bienes circulaban libremente por las diferentes zonas político-militares, las empresas de telefonía móvil vinculaban a comunidades que antes estaban aisladas y se empezó a utilizar una moneda común en todo el país. En cualquier caso, era evidente que existían varios elementos que hacían colosal la tarea de reconstrucción. La cultura política de la RDC, los estrechos vínculos entre las élites políticas y militares, la fragmentación existente y el enorme tamaño del país crearon un entorno extraordinariamente complicado. Estos dos autores hablan incluso de una Tercera Guerra del Congo que, aunque mucho menos estructurada y de escasa relevancia y participación internacional, ha provocado una violencia interminable en las dos provincias orientales, mientras que el resto del país se ha mantenido más o menos estable.

Reyntjens (2007, p. 315-317) identificó 3 tareas principales cuya realización marcaría la hoja de ruta hacia una reconstrucción exitosa del Estado: la recuperación de la soberanía a través del control efectivo del territorio y de la población, la recuperación de la capacidad de financiación del Estado y la promoción de la seguridad jurídica. Estas medidas permitirían entonces abordar prioridades relativas a la salud, la educación y la infraestructura, que afectan directamente a la población general.

Desde una perspectiva cultural, Weiss y Carayannis (2004, p. 116) destacan la creciente identificación de los congoleños con su nación, lo que parece bastante sorprendente dados los "años de guerra, la fragmentación política, la pobreza devastadora, la diversidad étnica y lingüística y el virtual colapso de los servicios estatales". El principal desafío en este campo fue entonces la necesidad de controlar el sentimiento de exclusión contra el pueblo ruandófono, que tradicionalmente ha representado a una minoría relevante en el país y comparte estrechos vínculos con dos de los vecinos de la RDC, Ruanda y Burundi.

Desde 2006, cuando Joseph Kabila fue elegido democráticamente Presidente de la República Democrática del Congo, los conflictos armados han permanecido activos en algunas zonas del país. Kabila ha logrado mantener un régimen democrático con elecciones funcionales. Sin embargo, han existido lagunas autoritarias que se han materializado en diferentes acciones políticas durante la última década. La reelección de Kabila en 2011 ya recibió importantes críticas tanto a nivel nacional como internacional, pero fue en 2015 cuando las protestas contra los cambios que pretendía aplicar a la ley electoral para que se le permitiera permanecer en el poder se tradujeron en una fuerte represión estatal. Después de haber retrasado las elecciones hasta 2018, fue finalmente sucedido tras mantenerse 18 años en el cargo.

Langeving y otros estudiosos (2018, p. 2-6) afirman que la democracia en la RDC se enfrenta a "constantes desafíos para el poder político en forma de golpes de estado" que no reflejan más que la manifestación de conflictos intraestatales. El deterioro de la realidad económica y la posible inestabilidad política contrarrestan la perspectiva positiva a medio plazo que muestra que se está produciendo una lenta recuperación. La mejora de la situación humanitaria dependerá en última instancia de la defensa de esta tendencia positiva y estabilizadora; si se produce un deterioro de las condiciones de vida, las tensiones subyacentes que implican la heterogeneidad de la población y las relaciones estatales con los países vecinos podrían crecer y favorecer la aparición de nuevos conflictos. Por lo tanto, es importante tener en cuenta la existencia de grupos armados en las regiones orientales de la RDC y sus tradicionales quejas contra el gobierno central. Una mala gestión de esta cuestión, junto con los intereses de Ruanda y Burundi de mantener una débil presencia congoleña en sus fronteras, podría conducir a la proliferación de luchas armadas.

Las elecciones de diciembre de 2018, en las que Kabila dimitió y fue sucedido por el líder del partido de la oposición, suscitaron también ciertas polémicas. Las violentas protestas, impulsadas principalmente por las acusaciones de fraude del candidato en segundo lugar, provocaron víctimas civiles y deterioraron la credibilidad del acontecimiento. En efecto, estas elecciones tuvieron repercusiones importantes a nivel internacional, hasta el punto de que se produjo una participación activa de una delegación de la Unión Africana que evitó la intensificación de la crisis postelectoral. El Tribunal Constitucional de la RDC ratificó finalmente los resultados y Félix Tshisekedi se convirtió en el quinto Presidente de la República Democrática del Congo. A pesar de su interés en introducir reformas que puedan conducir a un país más próspero, se enfrenta a una fuerte oposición,

ya que su partido no tiene mayoría en el Parlamento ni en el Senado por lo que muchas de sus iniciativas se ven bloqueadas.

5. Conclusiones

En este trabajo he presentado la Primera Guerra del Congo como el acontecimiento en el que se materializaron las diferentes tendencias existentes en la región mientras se intensificaban las tensiones entre los diferentes actores implicados. Tras la introducción del contexto general que caracterizaba a la República Democrática del Congo a finales de los años noventa, me he centrado en la Segunda Guerra del Congo (1998-2003) y he explicado sus rasgos más característicos. Demostré que existen algunas similitudes con respecto a la guerra anterior, ya que el enfoque general presentaba una estrategia similar; sin embargo, el curso de los acontecimientos dejó claro tanto para los grupos rebeldes como para las fuerzas del Estado que el conflicto no se resolvería mediante la guerra armada, por lo que las partes abrieron el camino a una resolución negociada que pudiese conducir a la implementación de una democracia funcional en el país.

Otro aspecto interesante que afectó la situación en la RDC durante los últimos 20 años es la relevancia de los grupos minoritarios y el papel desempeñado por los estados vecinos en las provincias orientales. Más concretamente, Ruanda y Uganda aparecen como actores clave cuyos intereses estaban en juego durante los conflictos mencionados. De hecho, los dos enfrentamientos muestran cuán fluidas pueden ser las alianzas y cómo cada una de las partes involucradas actuará de manera egoísta para defender sus propios intereses.

Las conclusiones son claras. Incluso si se produjo una transición democrática que conllevó a la celebración de elecciones con regularidad, el problema que inicialmente representó el factor conflictivo dista mucho de estar resuelto. La actividad de los grupos violentos en el este del país sigue siendo percibida como una amenaza para la soberanía de los estados vecinos. El gobierno central debería centrarse en la integración de las minorías ruandófonas y desarrollar fuertes esfuerzos contra su exclusión de la vida social y política, que históricamente ha sido un elemento que ha conducido a conflictos interestatales en la región de los Grandes Lagos. En otras palabras, la estrategia debe apuntar a garantizar la paz como la piedra angular que finalmente permitirá la construcción de instituciones estatales fuertes, allanando así el camino para la prosperidad económica, política, social y cultural.

La consolidación y aceptación del nuevo gobierno por todas las partes después de las elecciones de 2018 representaría una victoria importante para la democracia del país, ya que confirmaría que el Estado de Derecho está funcionando eficazmente. Esto actuaría como punto de partida hacia nuevas políticas y reformas que aumentarían la confianza de los donantes de ayuda económica externos. Si la evolución de la República Democrática del Congo sigue este camino, cabe esperar que se produzca una mejora del acceso a la ayuda humanitaria y a las necesidades básicas, lo que facilitará la entrada de inversiones extranjeras directas y la estimulación la economía.

Referencias

- Baker, Bruce (2000), "Goin to War Democratically: The Case of the Second Congo War (1998-2000)" in *Contemporary Politics*, 6(3).
- Carayannis, Tatiana (2003), "The complex Wars of the Congo: Towards a New Analytical Approach" in the *Journal of African and Asian Studies*, 38(2-3). DOI: <https://doi.org/10.1177/002190960303800206>

- König, Michael D., Rohner, Dominic, Thoenig, Mathias & Zilibotti, Fabrizio (2017), “Networks in Conflict: Theory and Evidence from the Great War of Africa” in *Econometrica*, (85).
- Langeving, Liliane; Lamarche, Natalie; Down, Rebecca & Cimetta, Sara (2018), “Democratic Republic of Congo 2018 Conflict Risk Diagnostic” in *Country Indicators for Foreign Policy*, The Norman Paterson School of International Affairs.
- UN Security Council (1998) , Final Report of the International Commission of Inquiry (Rwanda), S/1998/1096.
- Reyntjens, Filip (1999), “ The Second Congo War: More than a Remake” in *African Affairs*, 98.
- Reyntjens, Filip (2007), “Democratic Republic of Congo: Political Transition and Beyond” in *African Affairs*, 106(423).
- Weiss, Herbert F. (2000), *War and Peace in the Democratic Republic of the Congo*, Nordic Africa Institute.
- Weiss, Herbert (2001) “Civil War in the Congo” in *Society*, New York, 38(3).
- Weiss, Robert F. & Carayannis, Tatiana (2004), “Reconstructing the Congo” in *Journal of International Affairs*, 58(1).
- Williams, Christopher (2013), “Explaining the Great War in Africa: How Conflict in the Congo Became a Continental Crisis” in *The Fletcher Forum of World Affairs*, 37(2).